

Las secuelas de la modernidad. Una conversación con Peter Sloterdijk

The Aftermath of Modernity: A Conversation with Peter Sloterdijk

DOI: 10.32870/sincronia.v30.n89.e0973

Eduardo Solano Vázquez
 Universidad de Guadalajara.
 (MÉXICO)

CE: pumalibro@hotmail.com


<https://orcid.org/0000-0000-0000-0000>

 Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).


Recepción: 10/01/2025 Revisión: 16/02/2025 Aprobación: 26/03/2025

Cómo citar este artículo (APA):
En párrafo:
 (Solano, 2026, p. _).

En lista de referencias:
 Solano E. (2026). Las secuelas de la modernidad. Una conversación con Peter Sloterdijk. *Revista Sincronía*, 30(89), 1-23
 DOI: 10.32870/sincronia.v30.n89.e0973
Resumen.

El artículo entabla una conversación crítica con las reflexiones de Peter Sloterdijk a propósito de la modernidad, el filósofo alemán es promoderno en cuanto ve en la apertura y globalización del mundo la posibilidad para que el ser humano constataste que es capaz de forjarse a sí mismo. Empero, el forjamiento de sí mismo es insuficiente para triunfar dentro de la modernidad existente o capitalista, ya que se necesitan condiciones materiales que permitan el triunfo, en ese sentido este artículo desmitifica la omnipotencia del yo señalando su componente ideológico, por decirlo así. Por otro lado, para la conversación crítica ha sido necesaria una lectura hermenéutica y situada de los textos del filósofo alemán, y así, ha sido posible dar cuenta de las secuelas de la modernidad que él no toma en consideración en cuanto que su circunstancia centro europea sólo le permite observar los pros del proyecto moderno, pero no las secuelas.

Palabras clave: Modernidad. Globalización. Conquista. Destrucción. Violencia.**Abstract:**

This article engages in a critical conversation with Peter Sloterdijk's reflections on modernity. The German philosopher is pro-modern in that he sees in the openness and globalization of the world the possibility for human beings to confirm their ability to forge themselves. However, forging oneself is insufficient to triumph within the existing or capitalist modernity, since material conditions are needed to allow for triumph. In that sense, this article demystifies the omnipotence of the self by

pointing out its ideological component, so to speak. On the other hand, a hermeneutic and situated reading of the German philosopher's texts has been necessary for the critical conversation, and thus, it has been possible to account for the consequences of modernity that he does not take into account, since his Central European circumstance only allows him to observe the advantages of the modern project, but not the consequences.

Keywords: Modernity. Globalization. Conquest. Destruction. Violence.

“El ser humano es el dios de la segunda semana de la creación. La historia 'moderna' almacena los éxitos de nuestras intervenciones”
 (Peter Sloterdijk. La herencia del Dios perdido.)

Introducción

La obra del filósofo alemán Peter Sloterdijk refiere en distintos momentos de su obra a la temática de la modernidad. Ahora bien, a la reflexión de Sloterdijk a propósito de la modernidad se le ha realizado una pregunta ¿el moderno aceptaría la apertura del mundo en cuanto conquista y dominio, si ese procedimiento no surgiera de él, sino que le fuese aplicado a su situación y circunstancia? El cuestionamiento permite abordar las secuelas de la modernidad, es decir, ver la destrucción y violencia que el proyecto moderno ha dejado.

Peter Sloterdijk es un defensor de la modernidad, ya que a su entender ella suscita la apertura del mundo o la globalización, además para el filósofo alemán es indispensable que el individuo se forje a sí mismo y muestre que no se necesita a Dios para crear un mundo. Ahora bien, a pesar de que se concuerda con Sloterdijk en cuanto que Dios no es indispensable para que el ser humano acondicione su espacio vital, por decirlo así, no se puede asumir que el hombre advenga Dios, ya que eso ha ocasionado la destrucción y violencia de la naturaleza y los otros que no son modernos, es decir, que no le dan prioridad al Yo conquistador, aventurero e inventivo.

La apertura del mundo es pertinente en tanto permita la clausura de la conquista y dominación de un modo de ser respecto a otros. Es decir, abrirse al mundo tiene que significar la cancelación de la creencia de que se está solo en el tiempo-espacio, mejor dicho, que únicamente lo que uno hace y piensa es lo que le otorga valor de verdad al mundo, además de mejorarlo. Es necesario romper con la idea del hombre-Dios y la creencia de que se puede *crear ex nihilo*, ya que sólo así es viable el fenecimiento de la violencia en cuanto *modus operandi* de la modernidad. La ruptura con la idea del hombre en tanto hacedor del mundo, no significa deshistorizarlo, porque es

indubitable que el hombre es un ser histórico, pero no es un *omnipotente*, recordar los límites de la inteligencia y voluntad no es entregarse al fatalismo, sino tener conciencia de las posibilidades.

La condición expansiva de la modernidad

La modernidad prescinde de Dios, ella no requiere implorar al cielo, porque es un proyecto suscrito a la tierra, ésta se vuelve objeto de conquista e intervención. La modernidad habría sido de *facto* imposible sin el rebasamiento de la circunstancia por parte de los navegantes europeos en el siglo XV, ir más allá de la circunstancia implicó algo más que la apertura del mundo. Es decir, no debe olvidarse que el espíritu de conquista también implica la apropiación de territorios y no sólo el deseo de conocimiento y aventura como piensa Peter Sloterdijk:

La expedición es la forma rutinaria del buscar y encontrar planteados de modo emprendedor. Por su causa, el movimiento decisivo de la globalización real no es simplemente un hecho de expansión espacial; pertenece, más bien, al proceso nuclear de la historia de la verdad moderna. Es imposible que la expansión pudiera realizarse si no se planteara técnico veritativamente y, con ello, técnicamente tout court, como descubrimiento de lo oculto hasta el momento (Sloterdijk, 2010, p. 120)

La modernidad justifica su propósito de tomar territorios para sí amparada en la búsqueda de la verdad y el descubrimiento de lo oculto. La conquista e intervención se da en nombre de la verdad, de ahí que el moderno considera actuar por el bien de la humanidad, aunque se estén destruyendo pueblos e historias. Para el europeo el 12 de octubre de 1492 representa el comienzo de su manifestación histórica allende su circunstancia, mientras que para los habitantes de los territorios invadidos es el inicio de su destrucción. En este sentido, un mismo hecho adquiere distintos significados y propicia distintas condiciones históricas para las regiones.¹

¹ En su obra intitulada: “1492: el encubrimiento del otro: hacia el origen del mito de la modernidad”, Enrique Dussel sugiere que la modernidad persiste entre lo racional e irracional, la sugerencia es relevante porque evita caer en el encanto del mito moderno, y así, tampoco se avala la destrucción y violencia que de él se desprende. Para Dussel la irracionalidad del mito moderno es lo que detona la destrucción y violencia. Ahora bien ¿es suficiente con deshacerse de la irracionalidad moderna o se requiere romper con la modernidad en su totalidad para poder llevar a cabo otros proyectos civilizatorios que no basen sus logros en la destrucción y violencia hacia la naturaleza y los otros? Por ahora es suficiente con evidenciar el carácter mítico e irracional de la modernidad, la pregunta puede seguir siendo meditada y reformulada: “No negamos entonces la razón, sino la

La verdad técnica no sólo ha conseguido avances científicos y el confort de la sociedad, su propensión y afán por desocultar territorios también ha ocasionado deterioro y desaparición tanto de la naturaleza como de modos de ser en la historia. Ahora bien, no es que se suscriba la nostalgia por lo perdido, sin embargo, mostrar únicamente los logros de la verdad técnica y el espíritu de conquista del moderno es ser partidario del cinismo y de la consigna: “el fin justifica los medios”, por lo tanto, es necesario optar por la crítica, y así, develar las falencias y los propósitos políticos de la verdad técnica:

Todo intento de pensar «primeramente» en los otros está condenado al fracaso, porque el pensar no puede abandonar su asiento en el Yo [...] El Yo se encuentra ante la monstruosa necesidad de reconocer que también es lo que en absoluto cree ser. Cuanto más convencional es una conciencia, tanto más tenaz es su negación a mirar en este espejo (Sloterdijk, 2003, p. 94-103)

El Yo postulado por Peter Sloterdijk se niega a pensar primeramente en los otros, *so pretexto* de abandonarse a sí mismo. Sin embargo, no es que el cuidado de sí sea importante, lo que sucede es que pensar primeramente en los otros conlleva a limitar la expansión moderna. Tampoco se trata de pensar primeramente en los otros, sino de pensar con los otros, y así, erradicar la expansión, destrucción y violencia de la modernidad, sólo un pensamiento en conjunto puede suscitar acciones conjuntas.²

El Yo moderno anda a tientas, por más seguridad que le otorguen la verdad técnica, la invasión y posesión de territorios, si eso no fuera así, Peter Sloterdijk no le haría un llamado al Yo para creer en lo que supone ser. La fragilidad del Yo lo torna soberbio cuando se encuentra con lo

irracionalidad de la violencia del mito moderno; no negamos la razón, sino la irracionalidad postmoderna; afirmamos la "razón del Otro" hacia una mundialidad Trans-moderna" (Dussel, 1994, p.22)

² El pensar con los otros, por ahora únicamente es una aspiración respecto a la mejora del mundo. En este sentido, se retoma a Horacio Cerutti porque recuerda la importancia de la utopía, ella no sólo avizora un mundo mejor, sino que puede coadyuvar a orientar las acciones en el presente para mejorarlo, de ahí que Cerutti en su obra intitulada: “Ensayos de utopía 1 y 2”, dice: “La categoría utópica implica un intento por dominar y sistematizar el futuro, para poder acceder transformadoramente al presente. Desarrollar sus implicaciones es antihegeliano. Desarrollar la categoría utópica, constituirla en categoría analítico—operativa, puede ser un modo de pensar a América” (Cerutti, 1989, p. 128). Por otro lado, cabe comentar que el pensar juntos no implica de suyo asentir siempre y estar de acuerdo en todo momento, de alguna manera la sugerencia de pensar juntos lo que pretende es superar el *solipsismo* que subyace en reflexiones como la de Peter Sloterdijk, mismas que repercuten en la forma que se desenvuelve la sociedad. Es decir, el pensamiento *solipsista* se encuentra acorde con la sociedad atomizada que busca impedir el pensar-estar juntos.

que él considera objetos de conquista, esto es, la tierra y sus pobladores, por eso los destruye y violenta. El moderno se encuentra ceñido a la irracionalidad, en tanto que está movido por sus instintos y emociones. Ahora bien, lo irracional forma parte de la verdad técnica, por lo tanto, no se trata de invocar al dominio de sí y retomar la racionalidad, sino de superar a la modernidad.

La superación de la modernidad no supone que se tenga que dejar de poblar y significar la tierra, porque eso sería cancelar la vida y la historia humana, a lo que se alude con la superación es a la modificación del objetivo, es decir, es posible poblar y significar la tierra sin el afán de lucro y posesión, se puede estar en el mundo sin acudir a los parámetros modernos para orientar el presente y el porvenir:

Aprender a vivir significa aprender a estar en lugares; lugares son extensiones esféricas, esencialmente inacortables, rodeadas de un anillo de cosas abandonadas y alejadas. El ser-en-el-mundo conserva para siempre el rasgo fundamental de que deja fuera todo aquello en lo que él mismo no puede estar presente. Por eso la escuela de la existencia implica un aprendizaje de la extensión como un navegar en estructuras-espacio-tiempo incompresibles (Sloterdijk, 2010, p. 308)

La petulancia del Yo moderno lo hace creer que lo que está fuera de su presencia son cosas abandonadas y arrumbadas, su *solipsismo* le impide mirar y comprender más allá de sí mismo, aunque para invadir y apropiarse de los lugares no es necesaria la comprensión de que allí en donde extiende su ser en el mundo hay algo más que cosas abandonadas, le basta con creer que es un *omnipotente*, al grado de crear a partir de la nada. Asimismo, en la medida que el lugar en donde se extiende el Yo moderno y su ser en el mundo es valorado a partir del abandono, el alejamiento y la nadificación, el moderno omite que a donde llega también hay seres en el mundo y los cosifica a diestra y siniestra, incurriendo en la cosificación zanja la responsabilidad ética respecto a las consecuencias de sus actos.

La modernidad en cuanto expansión del ser en el mundo que invade y se apropia de territorios y cosifica a sus pobladores, no está impedida para materializar ideales magnánimos, por el contrario, a través de ellos enmascara su destrucción y violencia: “El niño y el salvaje son seres que tienen derecho a la simpatía de aquellos que guardan fidelidad a las ideas de la Ilustración” (Sloterdijk, 2003, p. 112). La simpatía hacia el niño y el salvaje no es suficiente, es más esa forma de ser ilustrado contraviene a la superación de la minoría de edad, es cierto que debe haber una preparación para

estar en el mundo, pero no asentada en la simpatía, sino en la empatía, aunque el Yo moderno como creador *ex nihilo* prefiere creer que de suyo es *omnipotente* y debe crear el mundo a su imagen y semejanza, por lo cual el niño y el salvaje tienen que dejarse tutelar hasta adquirir y perpetuar el *modus vivendi* del moderno, sino lo hacen *ipso facto* se les denomina reacios a la modernidad y se les sigue valorando como cosas arrumbadas, pero ya sin necesidad de mostrar simpatía.

Al espíritu de conquista de la modernidad no le basta el libre *albedrío*, requiere la libertad de acción para poder expandir su voluntad en el mundo, ya sea apropiándose de territorios o moldeando al niño y al salvaje. Por otro lado, Peter Sloterdijk considera que el capitalismo funciona a través del crédito y la inversión, con ello omite la explotación de la tierra y del ser humano, no quiere admitir que el capitalismo también es explotación y sometimiento.³ La realización del espíritu de conquista en la historia tiene que ser reflexionada más allá de las capacidades humanas para salir de la circunstancia y abrirse al mundo, se tienen que sopesar las consecuencias de la apertura, porque cuando se llega a otro lugar se invade e impone, los lugares no siempre están vacíos, con frecuencia hay vida e historia en ellos, por más que para el moderno los otros no sean dignos de llamarse humanos.

La humanidad no es exclusiva del moderno, por más que se atribuya el derecho de decidir la inclusión o exclusión en ella, además los criterios que usa para determinar si se pertenece o no a la humanidad, no son racionales, sino ideológicos. En este sentido, incluso Peter Sloterdijk sabe que el concepto de humanidad es paradójico y ambiguo: “El concepto de humanidad esconde una litigante paradoja, que puede formularse así: nos corresponde estar junto aquellos a los que no pertenecemos” (Sloterdijk, 2002, p. 18). Ahora bien, el concepto de humanidad que postula la modernidad opera ideológicamente, así se cree que sólo se es humano, en tanto se es capaz de

³ Immanuel Wallerstein en su obra intitulada: “El capitalismo histórico”, da cuenta de que no basta con que el capitalista corra riesgos en la inversión, también necesita explotar y reducir costos, la reducción de costos incide en el explotado, ya que su nivel de vida se torna paupérrimo, en tanto que su salario es disminuido, sin olvidar la mano de obra no asalariada, por ejemplo, el trabajo de la mujer en el hogar que de algún modo también sostiene al capitalismo, sobre todo si se considera que es realizado prioritariamente por las esposas de los trabajadores. Así pues, es en los explotados y los suyos que el capitalismo persiste, por lo que la capacidad de inversión y el gusto por la aventura y el riesgo no es más que una ficción que oculta la realidad histórica: “Al productor que trata de acumular le preocupan dos aspectos diferentes de la fuerza de trabajo: su disponibilidad y su coste [...] Todos nosotros estamos tan influenciados por la ideología justificadora del progreso que ha configurado este sistema histórico, que nos resulta difícil admitir incluso los grandes inconvenientes históricos de este sistema” (Wallerstein, 1988, p. 10-32).

insuflar al Yo, con lo cual la humanidad es un conglomerado de yoes, cada uno preocupado únicamente por su situación en el mundo. Asimismo, de *facto* no todos los yoes pueden realizar el espíritu de conquista, esto es, expandirse y dominar la tierra.

El Yo y su espíritu de conquista van excluyendo *por doquier*, allí donde se implantan instauran la destrucción y violencia, su afirmación histórica y sus logros se dan a costa de la reducción objetual y cosificación, no sólo de los radicalmente otros, sino incluso de los que se parecen a él, pero que no poseen capital y capacidad crediticia. Así pues, es un *craso* error promover al Yo y su espíritu de conquista, por supuesto también querer imitarlo, de ahí que es oportuno denunciarlo y avizorar su fin, con ello no se pretende la renuncia de la razón y tampoco el retorno ni la recuperación de una edad de oro en donde imperaba la armonía, un procedimiento así impide intervenir en el presente.

La modernidad ha enseñado y evidenciado mediante la secularización del mundo que la acción e intervención humana en torno a lo que circunda y ocurre es necesaria, porque no hay trascendencia que salve ni destino por cumplir. Ahora bien, es toral cambiar la manera de actuar y también los objetivos de la acción, el mundo debe ser mejorado, pero no bajo los parámetros de la modernidad existente, ya que el progreso y confort a toda costa propicia la destrucción y violencia de propios y extraños, no es que se pretenda un aquí y ahora *sempiterno*, pero el terror impide la apertura al mundo, así es imposible el acercamiento y el pensar juntos, aunque no lo mismo.

La destrucción y violencia o el *modus operandi* de la modernidad

La modernidad es inmanente y tiene una relación intrínseca con el tiempo. Éste interpela al ser y más aún al del moderno que quiere realizar su espíritu de conquista, lo cual sería imposible sin el tiempo: “Lo que llamamos modernidad es un gran proyecto de mejoras de vida terrestre” (Sloterdijk, 2015, p. 325). Por otro lado, el futuro o lo que vendrá no tiene relación con lo inesperado y tampoco con el milagro, porque el moderno actúa en el presente con el objetivo de hacer suyo también al futuro, éste es tiempo por venir, pero que se fragua a partir del presente.

¿Valdría la pena el esfuerzo y la creatividad si la acción no repercute en el futuro? El moderno es egocéntrico y terrible, se sabe temporal y efímero, pero como cree fervientemente haber suplantado a Dios busca la permanencia e inmortalidad a través de sus acciones y conquistas, sin

importar los daños que va dejando tras de sí, pues lo que le importa es demostrar su voluntad de poder, y así, pervivir en el futuro para no caer en el olvido.⁴

El moderno quiere mejorar la tierra, pero únicamente para sí mismo, de ahí que a lo sumo hará el intento por humanizar al niño y al salvaje, por supuesto que a su imagen y semejanza. En este sentido, la inclusión es una forma de violencia porque no se acepta a los otros, en tanto que se les ponen condiciones para ser reconocidos. Es decir, si no se educan y adquieren disciplina que permita mandar sobre sí y también sobre lo externo, aunado al aprendizaje de la ideología del capitalismo como sistema crediticio no pueden formar parte de la modernidad.

La propensión a la aventura, el dominio de sí y la capacidad de invención no son suficientes para que el mundo gire en torno a imagen y semejanza de la modernidad existente, ella ha recurrido a la invasión y violencia respecto a lugares, pueblos e individuos para establecer allende la circunstancia y situación su representación del mundo:

El crédito pone en manos del homo novus el medio para configurarse a sí mismo como criatura de su eficiencia. La «verdadera palanca para romper todas las ataduras» radicaría para el empresario típico en el hecho de que él es a menudo alguien «muy especialmente desprovisto de tradición y relaciones». No se introdujo en el juego de los mercados como heredero de una fortuna, sino como poseedor de un «excedente de fuerza», que se manifestaría en la voluntad de «crear un imperio privado» (Sloterdijk, 2015, p. 199)

Peter Sloterdijk como hombre de ideas sabe que es imposible deshacerse de la tradición, puesto que cualquier discurso emitido tiene un *locus* de enunciación, mismo que condiciona tanto el límite como el alcance del mensaje. Ahora bien, la situación es similar para los demás, aunque se dediquen a los negocios. Así pues, es cardinal señalar que la creación *ex nihilo* es una ficción. En este sentido, un

⁴ Jacques Rancière en su obra intitulada: “Los nombres de la historia. Una poética del saber”, apunta en contra del moderno y su egocentrismo que lo lleva a prácticas terribles con tal de realizar su espíritu de conquista: “Los actores históricos viven en la ilusión de crear el porvenir combatiendo algo que, de hecho, ya es pasado [...] Los vencedores se jactan de hacer la historia. Pero son los “vencidos” los que dan a la historia el pedestal antihistórico sin el cual no hay inteligibilidad propia de la historia” (Rancière, 1993, p. 52-102). Creer que el futuro depende por completo de lo que se hace en el presente es egocéntrico e ilusorio, aunque bien mirado el egocentrismo es de suyo una ilusión, porque se sostiene en creencias y representaciones propias, más no en una confrontación con la realidad. Ahora bien, el egocentrismo e ilusión son en sí mismos irrelevantes, pero al incrustarse en el ser del moderno se hacen contraproducentes, en tanto que él se asume como hacedor y conquistador del mundo, por lo que no le importa hacer uso del terror con tal de decir: “el mundo gira alrededor de mí”.

capitalismo a partir del crédito es de *facto* insostenible, por lo cual se recurre a la ficción con el objetivo de ocultar la realidad moderna-capitalista que también está compuesta de violencia y explotación, porque si el mito moderno del Yo conquistador y hacedor del mundo se hace añicos, entonces, se pierden privilegios y el señorío del mundo.⁵

El privilegio y el señorío del mundo por parte de la modernidad se ampara en la libertad. Empero, no hay libertad para el niño y menos para el salvaje, sólo son libres los que toman riesgos y se proponen conquistar la tierra e invertir en el mercado. El moderno se presenta como el libertario y rebelde por excelencia, aunque el ejercicio de su libertad sea contraproducente para la tierra y sus pobladores:

Los derechos humanos modernos se fundan sobre todo en la libertad, afirmada por el cristianismo -y reforzada por el bautismo-, del individuo frente a la coacción del primer origen; y ciertamente también en el reconocimiento por la filosofía temprana de la libre movilidad cosmopolítica del espíritu y de su toma de distancia con respecto a la polis y a la madre tierra (Sloterdijk, 2015, p. 283)

El moderno pugna y afirma el derecho a no ser coaccionado, pero no se modera en las coacciones hacia los otros ¿es necesario el bautizo para no ser coaccionado? La libertad de hacer y moverse que en principio debería permitir que hombres y mujeres desarrollaran sus capacidades, y así, conseguir una afileada estancia en la tierra, lo que ha ocasionado con frecuencia es el terror a través de la destrucción y violencia. La libertad moderna ha detonado el terror, incluso para los suyos, basta con rememorar las guerras del siglo XX para constatar que el culto al espíritu de conquista tiene que ser

⁵ Michel Foucault en sus “Lecciones sobre la voluntad de saber. Curso en el College de France (1970-1971)”, alude a que las luchas reales tienen una injerencia en la voluntad de verdad, en tanto que va a predominar la palabra del vencedor. La alusión foucaultiana permite cuestionar la voluntad de verdad en el discurso de Peter Sloterdijk, es decir, mostrar incredulidad y sospecha en torno a que se puede estar ajeno de tradiciones y que al capitalismo le basta el crédito, la inversión y creatividad para montar un imperio privado: “El sofisma no se produce en la dimensión conforme a la cual las palabras son signos. Se produce en cierta diferencia entre los nombres y las cosas, entre los elementos simbólicos y los elementos simbolizados [...] El discurso es apofántico no en cuanto la realidad y el ser vienen a la vez a unirse y polemizar entre sí en el plano del acontecimiento producido, sino en cuanto el ser y el no ser son lo que se dice en el enunciado, y en cuanto la verdad (y el error) se define por la relación entre ese ser que se dice y el ser mismo (Foucault, 2012, p. 59-82).

superado, tal vez sea el momento de prescindir de la adoración hacia lo abstracto para que sea posible el bienestar aquí y ahora.⁶

La libertad moderna también ha sido terrorífica, en tanto que bajo su égida se ha destruido y violentado. Ahora bien, sería insensato renunciar a la libertad y entregarse sacrificialmente a las instituciones y poderes que en nombre de ideales *magnánimos* destruyen lo que se interpone en la realización del espíritu de conquista. Lo que debe ser superado es el orden moderno, su *episteme* y prácticas, no se trata de recuperar e instaurar una edad de oro, sino de propiciar las condiciones sociales y políticas para que cese la destrucción y violencia, y así, no se invadan lugares y aniquilen culturas en nombre de la racionalidad, la técnica y el progreso:

El humanismo como palabra y como asunto comporta siempre un término contra el que se endereza, pues supone el compromiso de rescatar al hombre de la barbarie. Se comprende fácilmente que precisamente aquellas épocas que han experimentado de manera especial el potencial de barbarie liberado en las violentas interacciones de Estados y partidos, sean también los tiempos en los que la invocación del humanismo suela ser más sonora y exigente (Sloterdijk, 2011, p. 168-169)

La barbarie no sólo es el Estado y el partido que coaccionan al individuo y le impiden expandirse y conquistar la tierra, la barbarie también es apropiarse de un territorio y explotar poblaciones hasta empobrecerlas. Sin embargo, Peter Sloterdijk hace oídos sordos y se *obnubila* ante los explotados y empobrecidos de la modernidad existente, para él lo crucial es sostener que el hombre puede ser el

⁶ Ludwig Feuerbach sostiene que Dios es una representación del hombre, pero no se decide a decir que Dios y la religión son prescindibles, porque considera que el hombre necesita de un objeto para no caer en la nada, en ese sentido Dios y religión se convierten en lo que impide la caída en la nada. Ahora bien, Feuerbach no es ingenuo y es consciente de los fanatismos. Así pues, en su obra intitulada: “La esencia del cristianismo”, comenta que el cristianismo promueve el sufrimiento: “La religión cristiana es la religión del sufrimiento; los cuadros del sacrificado que hoy todavía vemos en todas las iglesias no nos representan a ningún redentor, sino sólo al sacrificado” (Feuerbach, 2021, p. 164). El cristianismo en sus diferentes prácticas ha promovido el sacrificio y la renuncia al bienestar, las consecuencias políticas de tal promoción se constatan, por ejemplo, en América Latina donde la mayoría de la población se adscribe al cristianismo y manifiestan su propensión al sacrificio, por ello se dejan violentar y dirigir, aunque esa no es la esencia de los latinoamericanos, sólo que les ha sido inculcado que mediante el sufrimiento también se obtiene recompensa, aunque no sea en la tierra ¿por qué no habrían de sacrificarse los cristianos, si incluso Jesús siendo hijo de Dios tuvo que dar su vida para salvar al mundo? La teología de la liberación ha interpretado en el nuevo testamento a un Jesús que viene a traer la buena nueva y la libertad para los desfavorecidos, pero al igual que Feuerbach no se atreven a pensar y criticar el estado de cosas sin Dios y religión.

constructor de imperios privados y si no todos lo consiguen es porque han sido incapaces de arriesgarse para conquistar la tierra, además de disciplinarse e introducirse al capitalismo crediticio. Ahora bien, es prioritario superar la barbarie, en tanto coacción y explotación, de ahí que no es suficiente un humanismo liberal y egocéntrico que quiera hacer y nombrar al mundo a su imagen y semejanza, la afirmación histórica del hombre conquistador e inventivo ha sido catastrófica y violenta ¿cuál es la razón para seguir pugnando por el humanismo moderno? no hay elegidos o *cuasi* destinados a conducir la tierra, por más que la modernidad existente busque justificar eso a través del dogma cristiano.

La modernidad existente no es benevolente con la iglesia, ésta funge únicamente de instrumento. Para la modernidad *cuasi* la totalidad de lo que se halla en el mundo no es más que instrumento: “Los hombres de Iglesia denuncian de manera instintiva toda manifestación del libre espíritu, que se atreve a ser inventivo incluso en lo más sagrado” (Sloterdijk, 2020, p. 71). El moderno no cree en Dios, sino que se asume deidad, la libertad es lo más sagrado que tiene, porque sin ella es imposible conquistar la tierra e imponer sus valores.

El moderno considera que sólo hay libertad para sí, porque cree que sólo en él se encarna el espíritu de rebelión, los demás deben resignarse a su destino o seguir los parámetros civilizatorios de la modernidad: “Destino significa «lo que sucede», sin que sean admisibles preguntas sobre el porqué” (Sloterdijk, p. 71). Empero, seguir los parámetros o la imitación *per se* es una forma de subyugar la libertad y dejar que el mundo siga siendo tal y como es. En este sentido, es preciso decidir y no sólo obedecer, porque es indigno ser conducido permanentemente, ya sea en forma de niño o salvaje, incluso Peter Sloterdijk se pregunta: “¿Puede haber ser humano en la no rebelión?” (Sloterdijk, p. 138), si se quiere la realización del ser humano en el mundo tiene que haber rebeldía, no importa que con ello también se transgredan los valores de la modernidad existente, además la razón y el progreso no han sido de *facto* universales, sin olvidar que en su nombre ha sido detonada la violencia: invasión, explotación, empobrecimiento.

Hay una pregunta que no puede ser soslayada ¿y si en vez de proyectar al futuro, mejor se interviene para que aquí y ahora se pueda vivir sin violencia? La rebeldía no sólo es para la conquista y libertad de empresa, también es rebelde el que busca saciar su hambre o el que decide dejar de inhibirse y vivir acorde a sus preferencias y deseos. La rebeldía es propia del ser humano, pero las condiciones históricas, políticas y geográficas suscitan la multiplicidad de objetivos y sentidos, quien

pretenda ceñir la rebeldía a un canon, lo que hace es instaurar el absurdo y la violencia. Ahora bien, la modernidad existente también persiste en el sinsentido, por más promotora de la razón ilustrada y técnica que sea, luz y sombra es lo que se proyecta en el presente y el futuro de la sociedad bajo la égida de la modernidad.

La modernización del mundo

La acción y reflexión hacen al mundo, sin la apropiación y significación de las cosas y los objetos el ser humano andaría a la deriva sobre la tierra, y así, ni el espíritu de conquista ni ningún otro podrían materializarse. El ser humano necesita un lugar para habitarlo y darle su impronta, de ahí que en el mundo acontece la existencia: se despliegan las experiencias y se avizoran posibilidades de ser, incluso los nómadas y hasta los errantes se apropian y significan el mundo, aunque no lo enuncien a partir de la pertenencia (lo originario) ni la propiedad privada. Por otro lado, el moderno se propone globalizar su experiencia y posibilidad de mundo, por decirlo así: “La globalización se funda en la creencia de que la otra orilla es alcanzable; más aún, se nutre de la convicción de que en la otra orilla se pueden encontrar los mayores bienes de fortuna” (Sloterdijk, 2018, p. 63). Sin embargo, en caso de dar con los bienes de fortuna, éstos no serán compartidos, sino confiscados en aras de la realización y goce del espíritu de conquista.

La globalización de la experiencia y posibilidad de mundo de la modernidad existente, no trae consigo la apertura porque se prohíbe y castiga ir al lugar donde se gesta la modernidad, los bienes de fortuna que allí se encuentran sólo son de los modernos, en ese sentido al parecer únicamente ellos están entrenados para globalizar y encontrar bienes de fortuna allende su circunstancia. Sin embargo, como eso no es efectivamente así, la modernidad existente que se jacta de ser libertaria y rebelde restringe la libertad y rebeldía, y así, sólo los modernos tienen derecho de decir: “eso que está allí es nuestro”, ya sea porque lo encontraron, conquistaron, inventaron.⁷

⁷ Louis Althusser en su obra intitulada: “La revolución teórica de Marx”, se pregunta lo siguiente: “¿Qué es la ideología de una sociedad o de un tiempo si no la conciencia de sí de esta sociedad o de este tiempo, es decir, una materia inmediata que implica, busca y naturalmente encuentra espontáneamente su forma en la representación de la conciencia de sí viviendo la totalidad de su mundo en la transparencia de sus propios mitos?” (Althusser, 1967, p. 119). En este sentido, el moderno le responde tajantemente con su modo de ser a Althusser, en tanto que vive en la transparencia de su propio mito al creer fervientemente que únicamente él es aventurero y tiene el deber de encontrar fortuna, no importa que ya sea de alguien, porque es a través de los bienes de fortuna que se es moderno, solamente con propiedades se participa en el capitalismo crediticio. El moderno no es confiable para recibir créditos por su moralidad, sino por poseer bienes de fortuna, no

La modernidad cree que ella es el principio y el fin, lo externo a ella lo nulifica, porque lo considera sin historia e incapaz de evolucionar. La historia moderna tiende a ir hacia delante: “El triunfo del historicismo fue alimentado sobre todo por la idea de evolución, que podía aplicarse a cualquier ámbito de la realidad, desde los minerales hasta los grandes cuerpos compuestos llamados << sociedades >> humanas” (Sloterdijk, 2018, p. 11). Peter Sloterdijk se lamenta por el triunfo del historicismo en el siglo XX europeo, pero su lamento lo hace omitir que la presunción moderna de ser el principio y fin de la historia propicia su dominio, ya sea a través de la conquista o la globalización. La creencia de que se debe conducir el mundo porque han sido desarrolladas las capacidades de apertura e invención ha repercutido desfavorablemente en aquellos que se considera incapaces de abrirse al mundo e inventarlo, por ejemplo, el niño y el salvaje.

La modernización del mundo afirma el espíritu de conquista, pero la libertad y el desarrollo que tal espíritu pregona con frecuencia ha sido el ocaso de otros pueblos e individuos. En este sentido, la oposición hacia la modernización del mundo no está asentada en el conservadurismo, sino en la liberación, porque es cardinal que la libertad y el desarrollo en cuanto bienestar no se afinquen en la dominación y violencia. Los hechos impiden ver más allá de lo existente, es decir, se cree que no hay sociedad que funcione sin dominación y violencia, a partir de ahí adviene la resignación, el mundo es tal y como es, por lo que todo intento por transformarlo y mejorarlo se considera fútil.⁸

La modernización del mundo movida por la convicción de que la historia tiende hacia la evolución va a depreciar lo que a su juicio impide su desdoble. En este sentido, no sólo los

importa que los haya conseguido a través de la rapiña en otras tierras y poblaciones, a eso se le dirá eufemísticamente: conquista.

⁸ Horacio Cerutti en su obra intitulada: “Filosofía de la liberación latinoamericana”, acierta en pensar los procesos de liberación más allá de las profecías hebraicas, porque es el excluido *in situ*, por decirlo así, el que tiene que hacerse cargo de su liberación, y así, disfrutar de la mejora del mundo acaecida por su intervención, lo que propiciaría un proceso de liberación autorreflexivo y no enajenante: “Las “profecías hebraicas” proporcionan la “imagen de un proceso de liberación”, pero lo hacen depender de un poder “exterior” y dividen su supuesto, un “continuum; en “antes” y “después” del Mesías. Se cae en un cierto “impasse” al criticar las injusticias vigentes enfrentándolas con una imagen casi onírica del mundo nuevo” (Cerutti, 2006, p. 179). La liberación en cuanto proceso histórico tiene que ir mejorando el presente, ya que no se vive sólo de esperanzas e ilusiones, incluso la modernidad, aunque ha secularizado el mundo también promete hacia el porvenir o el futuro. Sin embargo, el aquí y ahora está repleto de destrucción y violencia para aquellos en los que no encarna el espíritu de conquista: pueblos invadidos, trabajadores, pobres. Así pues, no se trata de liberar para ir hacia la tierra prometida y menos de conquistar para dominar y persistir en el futuro, por el contrario, el objetivo es que la liberación vaya culminando paulatinamente con la violencia e injusticia, no es deseable un mundo onírico, pero tampoco uno que esté asediado permanentemente por la destrucción y violencia.

conservadurismos son fustigados, también las liberaciones sociales porque denuncian y desmitifican a la modernidad existente, ya que el espíritu de conquista y la apertura del mundo únicamente a beneficiado al moderno en cuanto poseedor de fortuna e integrante del capitalismo crediticio:

La evolución humana se produce en gran medida en un medio grupal que muestra la tendencia a recompensar variaciones estéticamente favorables y cognitivamente más potentes. Además, muchas variaciones genéticas son selectivamente neutrales. En adelante, el hombre se encaminará hacia la belleza, concedida como premio bioestético a la distinción (Sloterdijk, 2011, p. 104)

Los inteligentes y bellos pueden evolucionar, conquistar y hacer el mundo a su imagen y semejanza. Ahora bien, cabe preguntar ¿no hay inteligencia en la fealdad? ¿únicamente es relevante la inteligencia que hace una oda a lo bello? Pareciera que el mundo no es posible sin la razón y la historia evolutiva de la modernidad, de ahí que es imperativo modernizar, no importa que se destruya a la naturaleza y otras formas de experimentar y significar el mundo. La modernización del mundo no implica de *facto* la democratización de la libertad, es decir, es imperativo actuar siempre y cuando la acción no transgreda el estado de cosas, porque el moderno quiere seguir dominando, está fascinado con la idea de ser Dios y decidir sobre la vida y la muerte.

La modernización del mundo no libera y tampoco reparte las ganancias del capitalismo crediticio, porque abrirse al mundo para el moderno sigue significando dominio y lucro *so pretexto* de mostrar los beneficios de la razón y la acción. En este sentido, al moderno que le encanta desocultar lo oculto, no se inmuta en camuflar los propósitos políticos implicados en su modo de razonar y actuar ¿y si fuera necesario liberarse de la modernización del mundo? ¿de qué sirve lo bello si se afinsa sobre la destrucción de la naturaleza y la violencia hacia el ser humano? La inteligencia también quiere calma y no sólo inventar *in infinitum*.

La racionalidad moderna persiste en el caos, pero lo quiere ordenar, y así, decir con certeza, no se requiere un ente externo para que dirija nuestro ser en el mundo: “Donde había un yo que tomaba postura ha de haber un yo que observa [...] La voluntad esclarecida por el saber acepta el mundo nada más que como material para una mejora sin límites” (Sloterdijk, 2013, p. 24-82). La observación del yo está condicionada por sus costumbres, así lo que considera mejorable no está relacionado con lo observable *per se*, sino con las ideas previas con las que llega a observar. En este

sentido, cuando el moderno decide modernizar el mundo más allá de sí, lo que quiere es implantar sus costumbres y valores, sin embargo, ellas no necesariamente van a mejorar las cosas y situaciones en donde se quiere implantar la modernización, lo que si van a conseguir es hacerle creer al moderno que efectivamente todo puede ser hecho a su imagen y semejanza.

El moderno dice ser intelectualmente racional, pero emocionalmente es iracundo. En este sentido, si su voluntad no se cumple o es objetada no tiene reparo en implantar el terror porque como el Dios que considera ser tiene que mostrar su *omnipotencia*, en ese sentido la modernización en cuanto mejora del mundo conlleva una paradoja, porque en nombre de la libertad e invención se coaccionan pueblos e individuos, en tanto que se nulifican modos de experimentar y significar el mundo. Ahora bien, es indispensable mejorar el mundo, pero no a partir de una sola perspectiva que quiera afirmar y esparcir por todo el orbe sus costumbres y valores.⁹

La modernidad considera que fuera de ella no hay *logos*, experiencia ni posibilidades de ser. Al espíritu de conquista no sólo le corresponde tomar para sí los territorios, sino también significarlos, pero hace tabula rasa, con ello desaparece lo que ha estado presente allí, se moderniza el mundo y con el triunfo del espíritu de conquista no hay chance para otros modos de ser, a lo sumo se les incluye a través del tutelaje y la educación, siempre bajo la mirada del moderno por si en cualquier momento deciden transformar el estado de cosas:

La mayoría de las veces los modernos se entregan insustancialmente a su impulso a comenzar-desde-el-principio, les gusta acometer sus tareas como si nada hubiera sucedido de ellos. La palabra maquinal «reinicio», aparecida con los programas computacionales,

⁹ La modernidad ha sido renuente a lo que Horacio Cerutti en su obra intitulada: "Filosofías para la liberación ¿Liberación del filosofar?", denomina experiencias de alteridad, porque para la modernidad no es necesario involucrarse con los otros, le es suficiente con observarlos a la distancia, puesto que no son más que cosas y objetos cuya única utilidad es ser instrumento para la realización del espíritu de conquista y la mejora del mundo a partir de la modernización: "Frente a la hegemonía del pensamiento pretendidamente único es la hora de intensificar el esfuerzo por historiar nuestra tradición y por incrementar la generación de una reflexión autónoma" (Cerutti, 2008, p. 17). Si la modernidad existente ha sido inventiva, tal vez habría que hacer uso de la invención para superarla, porque no se trata de replicarla e invertir los papeles, es prioritario deshacerse de la voluntad de saber en cuanto que coloca su *episteme* como lo *non plus ultra*. El pensamiento único soterra la diversidad que hay de *facto* en el mundo, no se trata de renunciar al pensar y la verdad, sino a lo Uno o la unidimensionalidad. Además, el pensamiento único ha sostenido una política de terror y violencia que repercute tanto en las sociedades modernas como en las modernizadas. Mejorar el mundo a costa de la hecatombe social y la intranquilidad del ser humano es un acto perverso, aunque propio del egocentrismo moderno que requiere decirse a sí mismo que es el *alfa y omega* de la historia.

responde casi adecuadamente al furor por el presente de la vitalidad inexperta (Sloterdijk, 2024, p. 35)

El comenzar no es pernicioso mientras se remita únicamente a lo personal o a lo social a través de un acuerdo de los involucrados en la situación. Empero, expandir el comienzo con el objetivo de conquistar y nulificar experiencias y posibilidades de mundo es violentar y transgredir libertades, no se comienzan épocas *ex nihilo*, la creación a partir de la nada es irrelevante en cuanto fe y creencia en lo trascendente, pero en el acontecer histórico del ser humano tiene que ser desmitificada, porque insta la exclusión en cuanto instrumento político, y así, se decide quien es digno de gozar del confort que se da a través del capitalismo crediticio y la ciencia.

¿Es posible mejorar el mundo sin modernizarlo? ¿la belleza del mundo sólo es dable a partir de la inteligencia moderna y su historia evolutiva? El dominio del pensamiento único reduce las perspectivas, las respuestas se emiten mediante el sí y el no, impidiendo la presencia del quizá. La prueba y el error que en un principio fueron pilares del pensar moderno han sido desplazadas por la certeza, lo que no sea cierto no forma parte de lo real, por lo tanto, no tiene caso considerarlo. Sin embargo, para superar la modernidad existente hay que pensar con ella y más allá de ella, es decir, darle un enfoque distinto a las palabras que posibilitan el pensamiento y significan la acción, que se detone la creatividad para que tengan cabida otras formas de experimentar y significar el mundo.

Instrucciones para ser moderno y modernizar el mundo

El moderno no aparece fortuitamente en el tiempo-espacio por más creador del mundo que sea, aunque se dé forma a sí mismo requiere del aprendizaje: “No importa nada que Dios esté muerto o no. Con Dios o sin Él cada uno sólo llegará tan lejos como lo lleve su forma” (Sloterdijk, 2012, p. 59). Es imposible darse forma a sí mismo sin recurrir a ejemplos del pasado y el presente, de ahí que la *omnipotencia* del moderno para hacer el mundo a su imagen y semejanza es preponderantemente mítica. Ahora bien, el mito del moderno en cuanto *omnipotente* ha dinamitado su acción y materializado el espíritu de conquista:

Moderna es la época que ha llevado a cabo la más alta movilización de las fuerzas humanas bajo el signo del trabajo y la producción, mientras se llama antiguas a todas las formas de vida donde la suprema movilización se hacía en nombre del ejercicio y la perfección (Sloterdijk, p. 271)

La dedicación al trabajo y la producción es moderna, pero la llevan a cabo los excluidos de la modernidad, ellos son susceptibles de ser instruidos y aprender las costumbres y valores. El moderno tiene el deber de forjarse a sí mismo, además tiene que servir de ejemplo al niño y al salvaje, éstos tienen que hacer funcionar el modo de producción capitalista, al cual no le basta la posesión de tierra ni el crédito para persistir. Estar dentro de la modernidad no implica en todos los casos ser moderno en cuanto que no se tienen de *facto* las posibilidades para realizar el espíritu de conquista. Los excluidos de la modernidad tienen que ser instruidos para reproducirla, en ese sentido no cesa la restricción de la libertad y rebeldía incluso en el aprendizaje, porque el que debe forjarse a sí mismo es el moderno, pero no el niño ni el salvaje.¹⁰

El moderno en cuanto creador del mundo, no sólo se asume dueño de los objetos y las cosas, sino también de la palabra, de ahí que también se adjudica el derecho de educar e instruir: “Aprendiendo a hablar obtengo también libertad respecto a aquellos signos que soy yo mismo [...] Los vocabularios abren mundo, las gramáticas forman las relaciones entre lo existente, los discursos rigen los campos de lo efectivamente positivo” (Sloterdijk, 2006, p. 21-51). Ahora bien, el moderno no es el único que sabe hablar, sin embargo, para que el niño y el salvaje se modernicen es necesario que aprendan la lengua y gramática del moderno, ya sea inglés, francés, español, sino aprenden es imposible que se dediquen con ahínco al trabajo y la producción, no porque sean perezosos, sino porque su lengua y gramática permiten afincar una relación con el mundo más allá del instrumentalismo.

La educación adquiere en la modernidad un carácter instrumental. Es decir, no sólo se quiere superar la animalidad para dotar de cultura al educando, también es necesario hacerlo trabajador y productivo, además de domesticarlo para que no impugne el estado de cosas. La modernidad pregona la libertad, siempre y cuando no se transgreda el orden: “Haz, pero no rompas las reglas o

¹⁰ Enrique Dussel en su obra intitulada: “La pedagógica latinoamericana”, refiere que la pedagógica en cuanto ontología de la modernidad parte de un Sujeto constituyente que necesariamente condiciona al educando: “La pedagógica es un momento de la ontología de la modernidad. El sujeto constituyente es en nuestro caso el del padre, Estado imperial, el maestro o preceptor. Esta subjetividad comprende el ser, el pro-yecto del hombre europeo, burgués, "centro". El padre-Estado-maestro es el ego, el punto de apoyo, el "desde donde" se despliega el círculo del mundo pedagógico, ideológico, de dominación gerontocrático sobre el niño, la juventud, el pueblo” (Dussel, 1980, p. 35). La pedagógica en cuanto educación e instrucción no tiene que ser reivindicada *per se*, es conveniente preguntar siempre ¿para qué se educa e instruye?

serás castigado”, por lo cual la diversidad de perspectivas y experiencias respecto al mundo son vistas como anomalías que deben ser erradicadas porque afean el mundo y se oponen a la evolución de la historia. Es paradójico que la modernidad pregone la libertad, pero decida cómo ha de ser ejercida, ella que ha revolucionado al mundo no acepta que otras voces y proyectos viren el sentido de la historia.¹¹

El moderno tiene el deber de forjarse a sí mismo, además sabe que es necesario socializar a los demás, de ahí que en la modernidad la educación e instrucción se masifican. La modernización del mundo sería imposible sin la masificación de la educación e instrucción. La escuela es la encargada de educar e instruir, aunque ella no decide a cabalidad el currículo que ha de ser enseñado, él depende más de la realidad, necesidad y expectativas de la modernidad:

La escuela de los primeros tiempos modernos se convirtió en la célula de la ambición de cambiar el mundo, y hasta en la incubadora de todas las «revoluciones» posteriores. No quiere únicamente preparar un mundo mejor dentro del malo actual, sino que querría llevar al mundo en su conjunto hacia el lado mejor, produciendo una serie de graduados que resulten demasiado buenos para el mundo tal y como es (Sloterdijk, 2012, p. 442)

La escuela no sólo es ideológica porque transmite las costumbres y los valores modernos, sino porque a través de la transmisión es más viable hacer funcionar a la modernidad que requiere del trabajo, la producción y no únicamente de la superación de la circunstancia y la conquista. En este sentido, la enseñanza masificada de la modernidad no tiene el objetivo de formar sabios y contemplativos, sino

¹¹ Enrique Dussel en su obra intitulada: “Para una ética de la liberación latinoamericana 1”, se pregunta: “¿Es posible salirse de la trampa de “lo Mismo”? ¿Podemos pensar la diferencia ontológica del ser y el ente desde un más allá de “lo Mismo”?” (Dussel, 1973, p. 97). El cuestionamiento de Enrique Dussel no ha perdido vigencia, ya que la modernidad existente no abandona su proyecto de convertir, mejor dicho, dominar a los territorios y preponderantemente a los pueblos e individuos *so pretexto* de modernizarlos. La trampa de lo Mismo también se encuentra en la pedagógica moderna en cuanto educación e instrucción. Así pues, lo que en primera instancia tendría que contribuir para que el educando se libere tanto de su animalidad como de las coacciones sociopolíticas, no hace sino moldearlo para controlar sus actos y deseos. Sin embargo, el mal mayor por decirlo así, sería considerar que ya no queda algo por decir y hacer. Ahora bien, los excluidos de la modernidad emprenden liberaciones constantemente, aunque no transforman de manera súbita el orden de las cosas, sí muestran que otro mundo es posible, además de que en alguna medida también encuentran solución para sus necesidades inmediatas: comer, vestir. Es cardinal cubrir la necesidad de vestido y alimento, porque en la carencia es *cuasi* imposible actuar y proyectar en aras de un mundo mejor, esto es, donde no impere lo Mismo junto con la destrucción y violencia.

funcionarios eficientes que puedan hacerse cargo de la realización del proyecto moderno, aunque en aras de ello estén siendo objeto de destrucción y violencia.

La modernidad no puede ser acusada de dejar en estado animalesco a hombres y mujeres porque los educa e instruye, y así, hace patente su vocación humanista. Ahora bien ¿la única posibilidad de ser es a través del trabajo y la producción? ¿sólo la modernización hace posible la realización de la libertad y rebeldía de los otros que no son modernos? Al masificar la educación e instrucción la modernidad justifica su intervención y dominio sobre otros territorios, pueblos e individuos. Es decir, se asume como la portadora de la buena nueva, además si el niño y el salvaje no son capaces de introducirse y adaptarse a la modernización del mundo no es responsabilidad de la modernidad-escuela, sino del niño y el salvaje que a pesar de ofrecérseles educación e instrucción la desechan o no son capaces de asimilarla, y así, el moderno no deja de ser humanista, aunque destruya y violento.

El moderno al forjarse a sí mismo reduce su perspectiva del mundo porque no ve más allá de sus necesidades y deseos, en principio esa manera de ser no sería pernicioso, pero al expandir su ser sobre la tierra adviene la cerrazón, porque lo que no embona y rompe con su representación del mundo es destruido y violentado. El moderno cree que sólo él puede forjarse a sí mismo y ser ejemplo para los demás, su egoísmo le impide darse cuenta que en otros contextos se quiere y desea, además también se educan e instruyen para darse una forma, aunque no se parezca a la moderna:

El egoísmo no es más que el infame pseudónimo de las mejores posibilidades humanas [...] ¿De qué otra manera va a conseguir y mantener su nivel el virtuoso si no es por la capacidad de evaluarse certeramente a sí mismo y la categoría de su arte? (Sloterdijk, 2012, p. 310)

La apertura genuina del mundo requiere más que evaluarse a sí mismo, es indispensable estar con los demás, aunque en principio no haya semejanzas físicas ni ideológicas. Sin embargo, el moderno no se abre al mundo para aprender de los otros, sino para dominarlos, y así, dar cuenta de que el Yo es *omnipotente* y únicamente le basta decidirse para crear el mundo a su imagen y semejanza. Ahora

bien, no es la voluntad en sí la que pretende la *omnipotencia*, sino la voluntad de poder-saber que quiere dominar el todo mediante el control de los actos y las palabras.¹²

Las palabras hacen referencia al mundo, éste es el que las hace posibles, no hay lenguaje en el vacío. El moderno despliega en el mundo tanto su *praxis* como su *logos*, además para él no es posible otro mundo, porque el suyo lo considera el mejor de los posibles. Así pues, una lengua que no haga referencia a la conquista, invención, forjamiento de sí mismo no tiene cabida, aunque a veces se le considera balbuceo, no porque efectivamente sea así, sino porque el moderno necesita degradarla para nulificarla e imponerse:

El lenguaje es la instancia que nos da propiamente el mundo, la que abre ese paisaje extático en el que los hombres se mantienen, aun cuando se abra a éstos la mayoría de las veces de tal modo que también les desfigure su condición de apertura [...] Cuando los lenguajes son legados a los nuevos hablantes, siempre se transmite igualmente el material simbólico que posibilita a los más tardíos la entrada en la caverna del mundo de sus predecesores (Sloterdijk, 2006, p. 106-149)

De manera contextual y particular pueblos e individuos tienen un mundo en cuanto portadores de una lengua. Empero, la modernidad impone paulatinamente y a través de la escuela la lengua nacional: inglés, francés, español, cada una de ellas refiere a la conquista e invención del mundo a partir de la *omnipotencia* del Yo, el niño y el salvaje podrían aprender otras lenguas, sin embargo, se

¹² Para aprender de los demás es necesario escucharlos, pero el moderno sólo se mira a sí mismo, para él los otros no son. Enrique Dussel al pensar en y a partir del otro en: “La pedagógica latinoamericana”, sugiere: “Escuchar la voz del niño-discípulo, el Otro en la indigencia, es el deber primero del maestro” (Dussel, 1980, p. 50). Ahora bien, la voluntad de poder-saber que representa el maestro en la escuela hace inviable el acto de escuchar porque de hacerlo se resquebraja el autoritarismo. La modernidad no va a dejar que a través de sus instituciones se dé su debacle, el maestro no va a escuchar al discípulo, ya que su objetivo es enseñarle la disciplina en cuanto aceptación del estado de cosas. Sin embargo, la educación e instrucción no sólo son factibles en la escuela y tampoco tienen únicamente por objetivo dominar al educando. Es verdad que el ser humano en cuanto recién llegado a la familia, la sociedad es un aprendiz y debe ser introducido al mundo, sin embargo, no necesariamente tiene que ser educado e instruido para aceptar el estado de cosas, también se le puede enseñar a objetar y transformar el estado de cosas, no porque el mundo deba ser a su imagen y semejanza, sino porque es cardinal vivir bien aquí y ahora, ya que tanto el futuro como el paraíso son en principio inaccesibles, pero en el presente se está y tiene que tener las condiciones pertinentes para que el mundo no sea una morada de indigencia, sino de satisfacción. El sufrimiento y los lamentos son para las fabulas, la realidad histórica y social requiere bienestar, incluso para que se geste la inteligencia y creatividad.

les circunscribe a las nacionales mediante la esencialización en cuanto se les considera lenguas maternas, *cuasi* originarias.

La lengua nacional o materna es indispensable para la escuela, no sólo porque permite la comunicación y el entendimiento entre maestro y educando, sino porque sin ella sería imposible inculcar y sostener el mundo del moderno, además de promover la modernización en cuanto única manera de realización histórica para pueblos e individuos. Por otro lado, es indispensable la apertura del mundo, pero no para conquistar y dominar la tierra, sino para derruir el mito de que el mundo del moderno es el mejor de los posibles, de ahí que es fundamental la ruptura con la lengua nacional, que irrumpen las lenguas consideradas balbuceantes y que nos muestren que se puede ser de otras maneras en el mundo.

Conclusión

La modernidad se abrió al mundo para conquistarlo. Asimismo, la observación de los objetos, las cosas y los otros no suscito la comprensión, sino el dominio. Sin embargo, abrirse al mundo es pertinente, sólo que la apertura tiene que posibilitar el acercamiento y la comprensión preponderantemente entre los pueblos e individuos, aunque la hermandad y camaradería tampoco son el objetivo en cuanto incuban la separación de propios y extraños. Así pues, la apertura tiene que implicar respeto para sí y los otros, además de ser conscientes que lo mejor y peor del ser humano puede ser desplegado en cualquier momento por los pueblos e individuos.

La apertura del mundo afincada en el respeto contraviene al dominio de la modernidad, porque su Yo tendrá que mostrar un dominio de sí y hacerse consciente de que su voluntad no puede imponerse porque si, ya que en el tiempo-espacio también se encuentran otros capaces de ser libres y rebeldes. El mundo debe ser mejorado, eso es indubitable, pero no se le puede decir a los otros: sigan nuestro ejemplo, si quieren formar parte de la humanidad, o sea, ser modernos y otorgarles confort a sus pueblos.

El ser humano necesita acondicionar el mundo para poder vivir, pero el acondicionamiento del mundo tiene un límite en cuanto no hay una única manera de ser. En este sentido, cuando lo que se proyecta mediante el *logos* y la *praxis* transgrede otras formas de vivir y experimentar el mundo, lo que sucede es la coacción, de ahí que la libertad y rebeldía se tornan exclusivas y los demás son arrojados al ámbito de los objetos y las cosas, instaurados en la nada se quiere decidir por ellos, porque se les considera incapaces de darse forma y expresarla. Sin embargo, no es que de *facto* la

libertad y rebeldía le pertenezcan a un pueblo e individuo en específico, lo que sucede es que el moderno cree que es Dios y todo lo que hay le pertenece, por eso es preciso derruir sus mitos. Si la modernidad ha tenido que prescindir de Dios para materializar su espíritu de conquista, es necesario que ahora la libertad y rebeldía destruyan la *omnipotencia* del Yo, y así, abrirse al mundo para darle cabida al encuentro y comprensión de las distintas formas de experimentar y significar el mundo.

Referencias

- Althusser, L. (1967). La revolución teórica de Marx. México: Siglo XXI Editores
- Cerutti, H. (1989). Ensayos de utopía 1 y 2. México: UAEMEX
- Cerutti, H. (2006). Filosofía de la liberación latinoamericana. México: Fondo de Cultura Económica
- Cerutti, H. (2008). Filosofías para la liberación ¿Liberación del filosofar? Argentina: Nueva editorial universitaria.
- Dussel, E. (1973). Para una ética de la liberación latinoamericana 1. Argentina: Siglo XXI editores
- Dussel, E. (1980). La pedagógica latinoamericana. Colombia: Editorial Nueva América
- Dussel, E. (1994). 1492: el encubrimiento del otro: hacia el origen del mito de la modernidad. Bolivia: UMSA/Plural editores
- Feuerbach, L. La esencia del cristianismo. (2021). Argentina: Luarna Ediciones
- Foucault, M. (2012). Lecciones sobre la voluntad de saber. Curso en el College de France (1970-1971). México: Fondo de Cultura Económica
- Rancière, J (1993). Los nombres de la historia. Una poética del saber. Argentina: Ediciones Nueva Visión
- Sloterdijk, P. (2002). En el mismo barco. Ensayo sobre hiperpolítica. España: Siruela
- Sloterdijk, P. (2003). Crítica de la razón cínica. España: Siruela
- Sloterdijk, P. (2006). Venir al mundo, venir al lenguaje. Lecciones de Frankfurt. España: Pre-Textos
- Sloterdijk, P. (2010). En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización. España: Siruela
- Sloterdijk, P. (2011). Sin salvación. Tras las huellas de Heidegger. España: Akal
- Sloterdijk, P. (2012). Has de cambiar tu vida. España: Pre-Textos
- Sloterdijk, P. (2013). Muerte aparente en el pensar. Sobre la filosofía y la ciencia como ejercicio. España: Siruela

Sloterdijk, P. (2015). Los hijos terribles de la edad moderna. Sobre el experimento antigenealógico de la modernidad. España: Siruela

Sloterdijk, P. (2018). ¿Qué sucedió en el siglo XX? España: Siruela

Sloterdijk, P. (2020). La herencia del Dios perdido. España: Siruela

Sloterdijk, P. (2024). Gris. El color de la contemporaneidad. España: Siruela

Wallerstein, I. (1988). El capitalismo histórico. España: Siglo XXI Editores